

Artículo

La inmigración de colonos norteamericanos en la llanura norte de Camagüey. A propósito de la Gloria City y del batey azucarero El Lugareño, (1899 – 1932).

Máster Osvaldo A Lorenzo Monteagudo,

Universidad de La Laguna, Tenerife. España.

E-mail: osvaldomonteagudo@hotmail.es

Las razas más rústicas de automóviles esperan para transportar a viajeros immaculados procedentes de ciudades distantes hacia dentro de la espesura. Habitantes de esas chozas propias de Robinson Crusoe vienen a cambiar monedas de plata y papeles estrujados con la efigie de los presidentes norteamericanos por trozos asados de puercos semisalvajes que pululan en el monte (Frank, 1920: 769).

Las familias continuaban llegando a La Gloria de cuanto sitio había en Estados Unidos: labradores de Maine, herreros de Virginia, aventureros de Nueva York y Filadelfia, viudas en busca de consuelos, de California, agricultores de La Florida, comerciantes de New Jersey, buscadores de fortuna de Indiana, jugadores de Boston; médicos, abogados y hombres de negocios de Washington; veteranos de la guerra de Maryland, negros del Mississippi, como peones [...] (Cirules, 2012:10).

[...] Ya en el tramo de la línea del ferrocarril central que atravesaba el lugar estaba concluido y sólo quedaba inaugurar la flamante estación y colocar el rótulo sobre el andén. Se le puso el nombre de aquel lugar: Majibacoa. Pero había unos americanos allí. De que no eran músicos la historia da fe, pero también tenían el oído sensible, gustaban de otros sonidos, otros nombres que tal vez – por nostalgia de su lugar de origen – creían más eufónicos. Y esa noche los americanos, sigilosamente, fueron a la estación, desmontaron a Majibacoa y a la mañana siguiente, para sorpresa de los cubanos, apareció en su lugar un rótulo con el nombre de Omaja. Molestos, esa noche los cubanos hicieron lo mismo y restituyeron a Majibacoa. Pero a la noche siguiente volvieron los americanos, y otra vez los cubanos, hasta que no se sabe por qué ni cómo permaneció el Omaja más de un día en la estación y allí se quedó, así permanece (Sarusky, 2010:9).

Resumen.

En lugar de estudiar huellas y presencias, el presente texto intenta profundizar en la cultura de los colonos norteamericanos como sistema de valores y prácticas. La teoría de los aportes es una concepción difusionista de la cultura. Para ello, presento la noción de sistema adaptativo. El fenómeno migratorio estadounidense hacia el Valle de Cubitas debe ser analizado como un sistema circular, no sólo hay emigración o inmigración, lo que hay son migraciones como proceso de ida y vuelta. En este sentido, me propongo estudiar las prácticas socioculturales, valores e instituciones de los colonos norteamericanos en la llanura norte de Camagüey en las primeras décadas del siglo XX.

Palabras claves: Colonos norteamericanos, La Gloria City, batey del Central El Lugareño, fenómeno migratorio, prácticas socioculturales y diaspóricas.

Abstract: Instead of studying tracks and presences, the present text tries to deepen in the culture of the North American settlers like system of values and practices. Contribution theory is a diffusionist conception of culture. For this, I present the notion of adaptive system. The American migratory phenomenon towards the Valley of Cubitas should be analyzed as a circular system, not only there is emigration or immigration; there are migrations as a return process. In this sense, I intend to study the socio-cultural practices, values and institutions of the North American settlers in the northern plain of Camagüey in the first decades of the twentieth century.

Keywords: American settlers, La Gloria City, El Lugareño Sugarcane Central batey, migratory phenomenon, sociocultural and diasporic practices.

Introducción

El presente artículo analiza la enorme influencia norteamericana en la historia social y cultural de Cuba, con especial atención al fenómeno migratorio de colonos procedentes de distintas zonas de los Estados Unidos, así como de inversores azucareros en el contexto del Central Lugareño en la región centro – oriental de Camagüey. La experiencia histórica de La Gloria City, comunidad fundada en 1899 por colonos agrícolas dedicados al cultivo de cítricos, se traduce en acicate para entender los aportes de ese Otro – norteamericano en el imaginario cultural cubano. Asimismo, me centro en los discursos diaspóricos (Clifford, 2008; Gilroy, 1993) producidos a partir de prácticas “transculturadas” (Ortiz, 1983), nociones ideológicas y zonas de contacto étnico (Pratt, 2010) entre los cubanos y “la comunidad imaginada” (Anderson, 2007) de cultura estadounidense. Por último, me ocupo, tanto de las limitaciones como de los avances que presentan los estudios, desde el ámbito de las ciencias sociales, sobre la huella de la cultura norteamericana en la historia social y económica de Cuba. Este esfuerzo requiere de una aproximación teórica y metodológica sobre los problemas que plantea la definición de los espacios sociales que sirvieron de confluencia entre los norteamericanos y los cubanos ¿En qué medida la intimidad compartida entre las dos sociedades puede generar un espacio de acercamiento y entendimiento entre los dos gobiernos, a pesar de la tradicional política exterior de Washington? ¿Hasta qué punto las experiencias históricas de La Gloria City, Omaja o del batey El Lugareño constituyen, en términos de James Clifford (2008), discursos diaspóricos? ¿Puede convertirse la imagen de Cuba, a partir del restablecimiento de las relaciones diplomáticas, en el principal destino de turistas norteamericanos, lugar simbólico representado, tanto por la cercanía cultural como por la lejanía surgida con la confrontación política? Las siguientes preguntas intentan (de) construir, más allá de la conflictividad producida por la propia cercanía, el fenómeno migratorio norteamericano en ese “ajiaco” de “identidades culturales”, metáfora culinaria expresada por Fernando Ortiz (1949) para explicar “los factores humanos de la cubanidad”.

El tema de las representaciones culturales en ambas orillas del estrecho de La Florida es inmenso. De los numerosos relatos que aparecen sobre la presencia de ese Otro – norteamericano en la cultura cubana, he decidido ocuparme de dos historias: primero, la construcción de una comunidad agrícola por colonos estadounidenses en la intrincada geografía camagüeyana (La Gloria City) y, segunda, la organización social del espacio, además de las relaciones simbólicas engarzadas en torno al batey del Central azucarero (El Lugareño). En este sentido, ambas experiencias históricas resultan interesantes para entender, en términos del historiador José Vega Suñol (1996, 2004, 2010), “los distintos tipos de enclaves económicos

norteamericanos”. Para ello, he tomado como unidad temporal: el período que acontece desde 1898, tras la primera ocupación norteamericana en Cuba, hasta la derogación de la Enmienda Platt en 1932; una unidad espacial: la región de Camagüey. La hipótesis del presente trabajo es que la inmigración de norteamericanos hacia Cuba como fenómeno de ida y vuelta se tradujo en acicate, tanto para las relaciones diaspóricas como en los procesos de diferenciación étnica. Con ello, la estrategia de adaptación sociocultural seguida por los inmigrantes norteamericanos en torno a los asentamientos agrícolas y azucareros constituyó, en cualquier caso, un verdadero sistema de valores y prácticas discursivas. La reproducción social y cultural de este grupo étnico¹ a través de la transnacionalización de unidades familiares, así como de una clase social de grandes propietarios e inversionistas estuvo acompañada de (relaciones socioeconómicas, étnicas, domésticas, de género, empresariales). Este movimiento migratorio y, por tanto, el ulterior asentamiento de una diáspora de residentes norteamericanos en Cuba a lo largo de todo el siglo XIX y principios del XX fue creando una “zona de contacto” (Pratt, 2010) no sólo por el bricolaje de sus prácticas culturales en la historia social de la Isla, sino también por la complejidad que le confiere a las relaciones entre las dos naciones. La enorme proximidad geográfica entre los dos países y sus vínculos culturales durante más de doscientos años, a pesar de su conflictividad en el escenario de las relaciones internacionales, marcaron los intercambios de *todo tipo* en ambas direcciones. Así pues, la primera ocupación militar norteamericana entre 1898 – 1902 expuso a los cubanos a los efectos de la cultura del Norte, en tanto que estas nuevas prácticas puestas en circulación a partir de las redes migratorias permitieron estructurar y negociar los encuentros culturales entre los cubanos y las diversas oleadas migratorias de la diáspora norteamericana. La profusa revisión de censos, datos estadísticos, diarios de viajes, historias de vida, así como yuxtaposiciones teóricas, son algunos de los materiales empíricos y metodológicos, que acompañan al presente artículo.

Las relaciones cubano – norteamericanas desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del XX: de la cercanía cultural a la ocupación militar.

Tanto Cuba como los Estados Unidos comparten una historia colonial. Ambas sociedades criollas” (Anderson, 2007) surgieron de los artefactos coloniales europeos. La mayor de Las Antillas y las Trece Colonias estuvieron, desde sus respectivas fundaciones, controladas por los intereses imperiales de España e Inglaterra en el contexto del Nuevo Mundo. La carrera por las rutas comerciales del Atlántico y el Mar Caribe hicieron que este escenario geoestratégico constituyera, a su vez, un interesante punto de contacto entre La Habana y los principales puertos de las colonias americanas. La conquista y ulterior colonización de La Florida española se tradujo en acicate para dichos nexos, en tanto que la construcción defensiva de San Agustín y Pensacola vino acompañada por una presencia importante de criollos cubanos. En 1762, la toma de La Habana por los ingleses trajo consigo un reajuste de la política exterior española en

¹ En la literatura antropológica “el concepto de grupo étnico es sinónimo de población que comparte un conjunto de rasgos e instituciones socioculturales, y que utiliza alguno como diacrítico cultural para distinguirse de otros”. En este caso, se emplea más bien como “grupo nacional en un territorio estatal”. Este término acentúa el aspecto político, y no otorga un papel central a los aspectos culturales. En este sentido, y para ese período histórico, el grupo étnico norteamericano constituía más bien un grupo culturalmente multiétnico en una Cuba multiétnica, compuesta por poblaciones originarias de muchos países europeos, y en menor medida de países africanos, americanos y asiáticos que habían arribado a Estados Unidos. En diversas fechas, y que adolecían en muchos aspectos de una identidad, diferente a la de sus orígenes previos. Por ello, podemos afirmar que la población llegada a La Gloria City, en muchos aspectos compartía y se identificaba en gran medida con rasgos culturales ligados a sus orígenes culturales concretos, tales como la construcción de viviendas, comida, etc.

el Mar Caribe, llegando a canjear parte de La Florida por el control de la mayor de Las Antillas. Si bien el dominio inglés no pudo hacerse con el resto de la Isla, la apertura de los puertos cubanos por los nuevos colonizadores intensificó, a través del comercio esclavista y el trasiego azucarero, una mayor relación con las Trece Colonias. Este hecho permitió el establecimiento de algunos comerciantes norteamericanos en La Habana, comunidad que supo aprovechar la inserción de la economía cubana en “el moderno sistema – mundo” (Guerra, 1970; Moreno Friginals, 2001; Wallerstein, 2005). Con el estallido de la guerra por la independencia norteamericana, Juan Millares, un comerciante y negrero de origen español radicado en La Habana, fue enviado en calidad de diplomático por la Corona española para tratar con los rebeldes. El papel desempeñado por este agente español resultó decisivo en el desarrollo de las relaciones comerciales entre el sector social criollo, organizado bajo una estructura económica y cultural de tipo plantacionista, y comerciantes estadounidenses, tales como Robert Morris y Oliver Pollock.

La expansión territorial de la joven República Federal hacia el oeste situó, en el centro del debate sobre la ampliación de las fronteras geopolíticas y económicas de la Unión, la anexión misma de Cuba. Tal necesidad surge en respuesta a la posición geoestratégica de la Isla en el Golfo de México y, por ende, a la desembocadura con el Río Mississippi, enclave fluvial esencial para el transporte de mercancías entre los territorios interiores. La cuestión anexionista, que si bien contó desde su inicio con un amplio apoyo en las esferas de la estructura del poder político norteamericano, encontró en el contexto histórico del momento no pocos inconvenientes, tanto por factores internos como externos. En 1805, el presidente Thomas Jefferson habla por primera vez de la importancia de Cuba para la política exterior de los Estados Unidos. Para ello, encargó al General James Wilkinson, la misión diplomática de reunirse con hacendados cubanos que apoyaran una acción independentista contra la metrópolis española. Pero el mensaje del gobierno de Jefferson resultó ser ambiguo, al menos en lo relacionado con la propia seguridad de los Estados Unidos ante una posible confrontación con España o Inglaterra por tales acciones²:

“si ustedes eligen declarar la independencia, no nos podemos comprometer de momento a decir que haremos causa común con ustedes, sino que tenemos que retener la capacidad de actuar de acuerdo a las circunstancias que existían en ese momento, pero en nuestros procedimientos sentiremos la influencia de la amistad hacia ustedes, la firme creencia de que nuestros intereses están ligados íntimamente, y la más poderosa repugnancia a verlos bajo el yugo de cualquiera de las principales potencias del mundo [...] (Citado en Domínguez, J. I, 2009:415).

En adelante la política de los Estados Unidos respecto a Cuba estuvo signada por la entrada, en la esfera de las relaciones internacionales coloniales, del imperialismo como “la práctica, la teoría y las actitudes de un centro metropolitano dominante que rige un territorio distante” (Said, 1996: 46). La colonia (des)colonizada en la medida que iba ensanchando sus fronteras, bajo la categoría discursiva de Estado – nación, fue articulando por medio de la producción de

² Para un análisis más completo sobre las relaciones bilaterales entre Cuba y los Estados Unidos desde principios del siglo XIX, véase el trabajo del historiador y politólogo cubano Alzugaray Treto, Carlos, (2000), *Crónica de un fracaso imperial: la política de Eisenhower contra Cuba y el derrocamiento de la dictadura de Batista*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2000. Asimismo, puede consultarse la cronología completa que nos ofrece el historiador estadounidense de las relaciones internacionales hemisféricas Smith, Peter, (2007), *Estados Unidos y América Latina: Hegemonía y Resistencia*, Plaza y Valdés, Madrid.

artefactos militares, políticos, económicos, ideológicos y culturales una “relación de dominación” con sus vecinos más próximos. Así pues, el carácter imperialista que definió la emergencia de los Estados Unidos como potencia en ciernes toma sentido conforme a la “sagrada misión civilizatoria del destino Manifiesto”. En este aspecto, Edward W. Said ofrece un amplio marco teórico sobre la yuxtaposición entre imperialismo – cultura. Con Said asistimos, dentro del campo de los estudios culturales, a una relectura diferente de las novelas victorianas, textos literarios convertidos en verdaderos archivos coloniales. No hay duda de que la posición asumida por Holroyd, financiero de San Francisco en torno a la República ficticia de *Costaguana* deja entrever, según Conrad en su novela *Nostramo* (2008), el mismo tropismo hegemónico de los presidentes norteamericanos Jefferson, Madison, Monroe, Quincy Adams, Polk, Pierce y Buchanan en torno a la anexión de Cuba.

Podemos sentarnos y mirar. Por supuesto, alguna vez tenemos que intervenir. Estamos obligados. Pero no hay prisa. Hasta el tiempo ha tenido que sentarse a esperar en este país, el más grande de todos los del universo de Dios. Debemos responder por todo; por la industria, el comercio, la ley, el periodismo, el arte, la política y la religión, desde el Cabo de Hornos hasta Surith’s Sound, y más allá, si algo que valga la pena aparece en el Polo Norte. Y después nos daremos el gusto de apoderarnos de las islas distantes y los continentes distantes de la tierra. Dirigiremos los asuntos del mundo tanto si al mundo le gusta como si no. El mundo no puede hacer nada para evitarlo, y nosotros tampoco, supongo (Joseph Conrad, Joseph, (2008) *Nostramo. Relato del litoral*. Citado en Said, E. W, *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona, 1996, 19).

Tal vez una de las aproximaciones teóricas más completas que se tiene sobre la historia del imperialismo en las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, a pesar de la ambigüedad que encierra dicho término, sea la que ofrece el historiador Louis A. Pérez Jr, en *Cuba in the American Imagination: Metaphor and the Imperial Ethos* (2008):

Cuba ocupa un lugar especial en la historia del imperialismo americano. Ha servido como una suerte de laboratorio para el desarrollo de los métodos por los cuales los Estados Unidos han buscado la creación de un imperio global. En suma, los medios usados en Cuba constituyen un microcosmos de la experiencia imperial americana: intervención armada y ocupación militar; construcción de naciones y redacción de constituciones; penetración de capitales y saturación cultural; instalación de regímenes títeres, formación de clases políticas clientelares, y organización de ejércitos tutelados, imposición de tratados vinculantes, establecimiento de una base militar permanente; asistencia económica – o – y reconocimiento diplomático – o no – según las circunstancias lo aconsejaren. Después de 1959, sanciones comerciales, aislamiento político, operaciones encubiertas, y embargo económico. Todo lo que es imperialismo se ha practicado en Cuba (Pérez Jr, 2008: 1).

La estrategia imperialista de los Estados Unidos, orientada a extender su control político sobre territorios distantes debe ser contextualizada como una política de Estado que busca, a su vez, acceder a importantes recursos económicos, además de asegurar una posición geopolítica favorable en la arena internacional. Pero no es hasta 1823, cuando la política exterior norteamericana expone, en el escenario de las relaciones hemisféricas, la Doctrina Monroe. Si bien sus primeras manifestaciones estaban dirigidas a contener las actuaciones de la Rusia zarista, también reclamaban el derecho de no injerencia de las potencias europeas en el continente americano. Dicho esto, el presidente Monroe le confirió a los Estados Unidos la responsabilidad de velar por la independencia de las repúblicas hispanoamericanas frente a

cualquier atisbo de intervención extranjera. En 1823, el Secretario de Estado, John Quincy Adams, bajo la Doctrina Monroe reconoció a Cuba y Puerto Rico como “apéndices naturales”, llegando incluso a declarar que la anexión de la mayor de Las Antillas era necesaria para el mantenimiento mismo de la Unión. La cercanía geográfica y, por otro lado, los vínculos culturales que se fueron trenzando entre las dos orillas hicieron que Adams planteara, a partir de “la ley de la gravitación política”, la anexión de Cuba como un estado más de la Unión. Partiendo de la “tesis de la fruta madura”, término empleado por la historiografía cubana para referirse a este período de las relaciones cubano – norteamericanas (Alzugaray, 2000; Pino Santo, 1973). Estados Unidos en su interés por controlar a la Isla sólo tenía que esperar en “las fuerzas naturales” provocadas, tanto por la independencia cubana de España como por el fatalismo geográfico.

[...] existen leyes de gravitación política como las hay de gravitación física, y así como una fruta separada de su árbol por la fuerza del viento no puede, aunque quiera, dejar de caer en el suelo, así Cuba, una vez separada de España y rota la conexión artificial que la liga con ella, e incapaz de sostenerse por sí sola, tiene que gravitar, necesariamente hacia la Unión Norteamericana, y hacia ella exclusivamente, mientras que a la Unión misma, en virtud de la propia ley, le será imposible dejar de admitirla en su seno (John Quincy Adams, 1823. Citado en Pérez Jr, Louis., 2008:30).

La “ley de la gravitación política” o tesis de “la fruta madura” es una metáfora o campo discursivo, que nos habla sobre la anexión de la Isla en términos (bio) – políticos. Por tanto, en un contexto dominado por el positivismo decimonónico, epistemología centrada en la producción de “discursos científicos – naturalistas sobre el Otro” (Foucault, 2005), la imagen primitivista – roussoniana representada en los Estados Unidos respecto a Cuba exigía la legitimación de nuevos relatos civilizatorios (Hernández, 2011). Si bien en los primeros censos coloniales, como ha explicado José Vega Suñol en su libro *Norteamericanos en Cuba. Estudio etnohistórico* (2004), no aparecen datos estadísticos sobre el poblamiento de este grupo étnico son, sin embargo, los relatos de viajeros³ los que brindan una mayor referencia en cuanto a la inmigración de colonos estadounidenses. En *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (2010), la antropóloga y lingüista, Mary Louise Pratt, deconstruye, en los mismos términos que T. Todorov, (1987) y J. Clifford, (2008), la historia de las relaciones imperiales a partir de la noción epistémica de “viaje”, es decir, práctica basada en la apropiación de la lejanía. En este sentido, el concepto de “zona de contacto”, que la autora introduce puede explicar, tanto las expediciones que tuvieron lugar a lo largo de todo el siglo XIX y principios del XX desde los Estados Unidos por militares independentistas, comerciantes, religiosos, hombres partidarios de la anexión, escritores, como los encuentros que se fueron trenzando entre las dos sociedades. El Otro que viene a encontrarse con ese Otro – primitivo en su Isla, espacio geográfico que no presenta ni centros ni bordes, termina siendo reinventado, como deja entrever (Valerio – Holguín, 2000), por una “nostalgia imperialista”. En *Letters written in the interior of Cuba* (1823), el reverendo y viajero norteamericano, Abiel Abbot, ofrece un interesante diario sobre los distintos lugares que visitó en Cuba. Las impresiones de este pastor anglicano, que llega a Matanzas desde Massachusetts, se desarrollan en torno a las plantaciones cafetaleras existentes en la región occidental de la Isla; es decir, verdaderas “franjitas agrícolas”

³ Existe una abundante bibliografía digitalizada en relación a la literatura producida por viajeros europeos, además de norteamericanos que llegaron a Cuba en distintas épocas. Partiendo de estas descripciones categorizadas en los diarios de viajes, podemos encontrar importantes evidencias socioeconómicas y culturales sobre la Isla. En este sentido, véase la Biblioteca digital cubana. Disponible en <http://bibliotecadigitalcubana.blogspot.com/>. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

marcadas por la interacción entre distintos grupos étnicos, además de inversionistas franceses, españoles, alemanes, italianos y estadounidenses. Resulta cuando menos sorprendente la muerte de este clérigo norteamericano a causa de la fiebre amarilla, si se toma en cuenta que el viaje que realizó desde los Estados Unidos fue precisamente en busca de un clima tropical para tratar su enfermedad de tuberculosis. En este sentido, la estrecha relación entre clima y salud es uno de los elementos que puede ayudar a explicar los vínculos culturales, así como las actividades turísticas desarrolladas por los colonos norteamericanos en Cuba como fenómeno social. Quizá con “el viaje por razones de salud”⁴ de Abiel Abbot estamos ante el primer estadounidense, que encuentra en las bondades del clima tropical cubano, uno de los principales atractivos en la historia de este tipo de turismo.

El crecimiento demográfico y la riqueza económica de Cuba en torno a la producción de azúcar explican, en efecto, la inserción de esta colonia caribeña en el sistema capitalista global. Con una estructura económica y social de tipo plantacionista, los hacendados criollos propietarios de ingenios azucareros encontraron en el mercado norteamericano no sólo un importante comprador, sino también una tecnología que resultó ser decisiva en la mecanización de la industria esencial para las refinerías de azúcar. Por otra parte, la política económica de España presentaba grandes problemas para reformar el comercio con las colonias. Para los hacendados cubanos la cuestión de la esclavitud pasaba, entonces, por la fórmula de la anexión con los Estados Unidos. Los presidentes norteamericanos Polk (1845 – 1849), Pierce (1853 – 1857) y Buchanan (1857 – 1861) intentaron poseer con el control de Cuba como parte de la política exterior expansionista. En 1851, el general venezolano, Narciso López, llevó a cabo desde New Orleans una tercera y fallida expedición con voluntarios sureños partidarios del anexionismo. Asimismo, en 1854, el presidente Franklin Pierce llegó a negociar en secreto la compra de la Isla. Pero con el estallido de la Guerra Civil y la victoria del proyecto ideológico – económico de los estados norteros de la Unión, el tema cubano perdió importancia en la agenda doméstica de la política estadounidense. No obstante, para finales del XIX, la importancia estratégica de Cuba en la Cuenca del Caribe apareció nuevamente en la política hegemónica de los Estados Unidos.

La cuestión cubana se tradujo en un asunto de interés para la administración de William McKinley, en tanto que la explosión del acorazado *Maine*, en el puerto de La Habana, terminó complicando una salida negociada en esta crisis política. En 1898, el gobierno de Washington declaró la guerra a España “en el nombre de la humanidad, en el nombre de la civilización, en defensa de los intereses americanos en peligro”. En este contexto, la intervención militar estadounidense de Cuba como genealogía imperial permite ensamblar las narrativas de civilización y barbarie que han formado parte de la íntima relación histórica entre las dos sociedades. La ocupación militar hasta 1902 terminó truncando los esfuerzos de los cubanos por lograr la independencia. La Enmienda Platt significó una camisa de fuerza en la vida política de la nueva república. Este apéndice incorporado al texto constitucional negaba a los cubanos firmar cualquier tratado internacional, condicionaba la deuda nacional del país, además de permitir el derecho a la injerencia a favor “del mantenimiento de un gobierno idóneo para la

⁴ El Catedrático en Antropología Social, José Alberto Galván Tudela, nos ofrece un interesante análisis sobre la relación entre clima y salud, es decir, la “climatoterapia” en la historia del turismo en las Islas Canarias y su marco teórico puede ser de gran ayuda para entender los asentamientos de norteamericanos que al menos en los meses de invierno fijaban sus residencias en Cuba. Para una mayor lectura, véase a Galván Tudela, José A, (2004), *Sol de invierno: homenaje de Arona al turismo sueco*, Tenerife, Llanoazur.

protección de la vida, la propiedad y la libertad individual de los norteamericanos”. Los efectos del Tratado de Reciprocidad Comercial fueron desastrosos también para los nuevos sujetos “neocoloniales – imperiales”, pues limitaba la diversificación de la economía cubana a la de “enclave” productor de azúcar. Así pues, el mercado estadounidense se convirtió en el principal importador para los sectores claves de la economía cubana. La penetración del capital financiero por parte de las empresas norteamericanas se extendió, tanto en la agricultura (principalmente: el azúcar y el tabaco), la ganadería, así como en la minería y los servicios públicos (ferrocarriles, agua, gas, electricidad, teléfonos, construcciones). En 1909, el presidente Teddy Roosevelt, *war hero* de los *Rough Rider*, completaba la segunda intervención militar para “restablecer la paz y el orden” en “esa republiquita infernal de Cuba” (Schoultz, 2009:25). La copiosa revisión historiográfica propuesta por Louis Pérez Jr. no sólo reduce el tema de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos a la cuestión de la confrontación política que devino con la Revolución cubana de 1959, sino que más bien hunde sus raíces en “los lazos de singular intimidad” (2003:279). En su libro *On Becoming Cuban: Identity, Nationality and Culture* (1999), Louis Pérez Jr., traza una genealogía desde la historia social sobre las distintas narrativas compartidas entre ambas naciones. Según este autor, “la americanización” se tradujo en la madeja para que las nuevas estructuras del poder republicano asumieran “la Modernidad”, entendida como una categoría epistemológica articulada a partir de un imaginario “imperial – civilizatorio”. Ahora bien, si se asume a la Modernidad norteamericana que irrumpió en Cuba como un principio organizador, tanto de la estructura política del nuevo Estado-nación como para la acumulación capitalista apuntalada con el *boom* azucarero, también resulta plausible abordar las relaciones asimétricas surgidas entre los dos países a partir de la división internacional del trabajo y la dominación en la esfera de la economía política. Los autores ensamblados en la corriente del pensamiento decolonial se refieren a la yuxtaposición entre “Modernidad y Colonialidad” como las dos caras de una misma moneda (VV.AA, 2007).

“Cuba es un ajiaco”, escribió el etnógrafo e ideólogo Fernando Ortiz (1949), para referirse a los distintos factores humanos que participaron en el fenómeno social de la transculturación. En la metáfora culinaria del “ajiaco⁵, esa gran olla podrida de pueblos que en el fuego lento de la historia se deshacen y dan sabor a “la identidad cultural cubana”, Ortiz traza un mapa teórico y discursivo sobre los ricos “aportes” de la inmigración norteamericana en el bricolaje de la nueva cultura – nación.

[...] desde entonces el mundo anglosajón ha venido influyendo extraordinariamente en nosotros por razón de proximidad, por sus instituciones democráticas, por su libertad religiosa, por su maravilloso progresismo técnico y por el peso grave de su imperial economía. A esa cultura angloamericana debemos, a lo largo del siglo XIX, la máquina de vapor, que transformó la producción azucarera. En Cuba tuvimos ferrocarriles antes que en España y las otras naciones de Europa. La máquina de vapor nos trajo el gran capitalismo industrial, cuando todavía el régimen de trabajo era la esclavitud (Ortiz, 1949: 13).

⁵ Para una mayor discusión teórica desde la antropología social sobre “Los factores humanos de la cubanidad” (1949), véase también a Galván Tudela, José A, (1998), “El ajiaco, una metáfora culinaria sobre la cubanía. (A propósito de la inmigración canaria a Cuba: 1880 – 1930). Disponible en <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/CHCA/article/viewFile/8309/7412>. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

[...] La vecindad de esa poderosa cultura es uno de los más activos factores de la cultura nuestra; positivos o negativos, pero innegables (Ortiz, 1949: 13).

Para entender la metáfora del ajíaco, como noción epistémica y metodológica de la “cubanidad”, es importante poner en contexto la influencia que tuvo la teoría lombrosiana sobre la delincuencia en los primeros escritos de Fernando Ortiz y su relación con los procesos migratorios que tuvieron lugar en la Isla. En esta primera etapa, encontramos en los trabajos de Ortiz, como parte de sus posiciones intelectuales desde el Grupo Minorista en los años 30, una mayor preocupación sobre cuestiones puramente ideológicas relacionadas con la nacionalidad cubana. Es en este período, cuando aparece la ley de la nacionalización de la fuerza de trabajo de 1933, disposición jurídica que obligaba a contratar un 50% de la mano de obra cubana o nacionalizar a los propietarios extranjeros. Sin embargo, esta ley no afectó a los colonos norteamericanos propietarios y renteros de tierras en La Gloria City. Si bien los asentamientos organizados por campesinos estadounidenses terminaron desapareciendo por toda la Isla, debido en parte al proteccionismo ejercido por Washington a partir de las demandas de los agricultores de California y La Florida, además de los manejos comerciales realizados por el monopolio de la United Fruit Company, bajo el amparo de la Enmienda Platt (1899 – 1934) el grupo étnico norteamericano estuvo protegido. En “Los factores humanos de la cubanidad” (1949), Ortiz toma el referente de la cultura estadounidense como un meta – relato de civilización y Modernidad, en lugar del mito del buen salvaje surgido de categorías primitivistas sobre la Otriedad del “ethos cubano”. Sin embargo, en la misma conferencia pronunciada en la Universidad de La Habana, el pensador cubano, deja entrever la problematización que también presenta la enorme proximidad entre los liliputienses de la *sugar island* y el Gulliver norteamericano. En el siguiente párrafo Ortiz arguye sobre esta doble naturaleza discursiva: “Hay quien por la mañana es anexionista y por la tarde abomina del Tío, según suba o baje la cotización del azúcar, que es termómetro del patriotismo para los espíritus en almíbar. Sabemos del vecindaje, su historia, sus hábitos, sus petulancias, sus prepotencias, su sequedad fría y desdeñosa, su absorbente imperialismo [...]” (Ortiz, 1949: 13).

Los tipos de colonización norteamericana en la llanura norte de Camagüey. La Gloria City: una comunidad de tipo agrícola.

Para el censo de 1899, levantado por el gobierno interventor, la cifra de norteamericanos residiendo en Cuba era de 6, 444. La ocupación militar estuvo justificada, entre otras razones, por las inversiones económicas de los norteamericanos en la Isla. Por tanto, era de esperar que para la administración del general Leonardo Wood surgiera la necesidad de censar, categorizar y delimitar a la nueva población bajo los términos de una política neocolonial. El grupo étnico estadounidense, que pasó a ocupar la tercera posición dentro de la inmigración general a Cuba, se caracterizó por estructurar sus prácticas socioculturales en torno a determinados asentamientos. Con ello, estos enclaves humanos eran organizados dependiendo las actividades económicas realizadas por esas empresas de colonización. En adelante, me ocuparé de dos tipos de enclaves económicos en la llanura norte de Camagüey. En primer lugar, paso a analizar el desarrollo de La Gloria City, una colonia agrícola compuesta por campesinos norteamericanos dedicados a la plantación de cítricos y vegetales. Para finalizar, examino la organización social del batey azucarero “El Lugareño” administrado por la Cuban Cane Corporation en la misma región del país. Si bien de los 6,444 ciudadanos norteamericanos residentes en el país 4,178 se ubican en La Habana, el rápido *boom* azucarero atrajo un gran poblamiento de este grupo étnico

hacia las provincias de Camagüey y Oriente. En 1899, el 16.77%⁶ del poblamiento norteamericano teniendo en cuenta la distribución territorial se encontraba en las provincias de Camagüey y Oriente, en tanto que para el censo de 1907 esta información estadística fue de 25.68%⁷. Sin embargo, el mayor crecimiento experimentado en las provincias orientales por este grupo étnico tuvo lugar en el censo de 1919, porcentaje que llegó a situarse en 29.40%⁸.

La Gloria City constituye la primera experiencia histórica de una comunidad de tipo agrícola fundada por colonos norteamericanos en Cuba. Los efectos de la guerra de 1895 fueron devastadores para la agroindustria azucarera cubana, con especial incidencia en las extensas plantaciones cañeras de Camagüey y Oriente (Pérez Jr., 2003, 2006). En las primeras décadas del siglo XX, las provincias de Camagüey y Oriente experimentaron un aumento considerable del poblamiento norteamericano, motivado en parte por la penetración de los grandes capitales en estas dos regiones de Cuba. El historiador económico, Manuel Moreno Fragnals, introduce desde una perspectiva demográfica a *Los fantasmas de Omaja* (1984) de Jaime Sarusky, destacando el papel de los movimientos migratorios que llegaron a Cuba entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En relación al tema de la inmigración y su importancia en el crecimiento demográfico cubano, Moreno Fragnals destacó:

En la segunda y tercera décadas del presente siglo, la provincia de Camagüey fue una especie de “far best” cubano. Sus extensas llanuras, deshabilitadas, fértiles, cubiertas de bosques, fueron presa codiciada del interés latifundista azucarero. En 1900, Camagüey (nos referimos a la amplia zona que comprendía la provincia de acuerdo a la antigua división geográfica) producía el 2 por ciento del azúcar cubano: en 1928 el porcentaje se eleva al 30 por ciento. En cifras absolutas el crecimiento es mucho más impresionante pues salta desde unas cinco mil toneladas anuales a un millón trescientas mil. En realidad, una buena parte de este salto productor se opera entre 1912 y 1928: es decir, en unos dieciséis años. Es un brevísimo lapso de tiempo en el cual se montan los nuevos gigantes productores, tumban los bosques, roturan la tierra y se siembran de cañas las interminables llanuras, se trazan nuevos caminos y tienden vías férreas. Como la población camagüeyana era muy escasa (no llegaba a 6,2 habitantes por kilómetro cuadrado cuando el boom de 1919), todo este premioso quehacer se realizó necesariamente con inmigrantes: inmigración externa de europeos para los trabajos cualificados, el comercio y los servicios; inmigración antillana para el corte de la caña, y migración interna cubana para ambas cosas [...] (Moreno Fragnals en Sarusky, 1984: 6).

La primera ocupación militar norteamericana en Cuba, entre 1899 y 1902 supuso una gran ampliación para el capital norteamericano. Así pues, estas inversiones sirvieron de ayuda para que la economía cubana saliera de la profunda crisis en la cual se encontraba tras cuatro años de guerra colonial. En medio de un conjunto de ordenanzas establecidas por el gobierno interventor, la expansión estadounidense se tradujo en acicate para el control de nuevas y extensas tierras que no sólo se mantenían en ruinas, en cuanto a la producción se refiere, sino

⁶ Véase el Censo de La República de Cuba de 1899.

Disponibile en <http://ufdc.ufl.edu/UF00102145/00001>. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

⁶ Véase el Censo de La República de Cuba de 1907.

Disponibile en <https://archive.org/details/censodelareppli00censgoog>. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

⁷ Censo de La República de Cuba de 1919.

Disponibile en <https://archive.org/details/ajb5563.0001.001.umich.edu>. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

que también sus propietarios cubanos permanecían endeudados. Asimismo, estas leyes modificaron los títulos y derechos existentes sobre la propiedad de tierra bajo el colonialismo español, creando con ello un mercado pujante de compraventa de tenencias. En el artículo “Ahí vienen los yanquis”. El auge y la declinación de las colonias norteamericanas en Cuba” (1898 – 1930), la socióloga Carmen Diana Deere (2000) explica a partir de la autoridad historiográfica de Pérez Jr, (1989), lo siguiente:

La Orden Civil Estadounidense Núm. 62 de marzo de 1902, autorizó los levantamientos topográficos para fijar límites a fin de determinar la legitimidad de los pesos de posesión y ratificar las nuevas escrituras de propiedad. Pérez (1989:103) afirma que este decreto tuvo consecuencias devastadoras para los campesinos y pequeños agricultores, sobre todo, en Oriente, donde la hacienda comunera era más frecuente. La destrucción de muchos poblados orientales durante la guerra de 1895 a 1898 significó que la mayoría de los registros públicos, títulos de propiedad y escrituras de la tierra se habían perdido o habían sido destruidos. Por ende, miles de campesinos carecían de toda prueba de propiedad o posesión. Así, en su opinión, la Orden Civil Núm. 62 tuvo la función de garantizar la creación de un mercado de tierras que impediría a los campesinos el acceso a la tierra y fomentaría la concentración de ésta en manos de los intereses estadounidenses (Deere, 2000:133).

En este sentido, tanto los trabajos historiográficos producidos por Manuel Moreno Fraginals desde Cuba como los de Louis Pérez Jr, en Estados Unidos han insistido en los diversos efectos demográficos, económicos y culturales provocados por la guerra y, por ende, en la relación de cercanía/lejanía mantenida entre los dos vecinos. La compra de tierras baratas estuvo encaminada a expandir un sistema socioeconómico moderno y racionalizado en términos del capitalismo norteamericano de plantaciones azucareras, además de la parcelación de lotes que eran vendidas más caras a colonos que empezaban a llegar a Cuba con grandes expectativas. La fabricación de una rápida y extensa red ferroviaria entre Las Villas y Santiago de Cuba por el empresario y propietario de la Cuban Railroad Company, Sir William Von Horne, aumentaron considerablemente la penetración de los intereses estadounidenses por toda la geografía cubana (Rosario Molina, 2007). En este contexto de grandes inversiones, el propio Von Horne, aprovechando la franquicia por la construcción del ferrocarril, terminó adquiriendo ricas tierras destinadas a la agroindustria azucarera en la región oriental del país. En cualquier caso, todos estos factores aparejados al calor de la Enmienda Platt de 1902 contribuyeron al ulterior desarrollo de las colonias de norteamericanos en Cuba. La publicidad de algunas empresas encargadas en la parcelación y venta a bajos precios de los lotes de tierras se tradujo en un interesante incentivo para este tipo de migración. Asimismo, la prensa estadounidense de la época se ocupó en destacar las bondades del clima tropical cubano, despertando la atención de miles de colonos interesados en la compra de tierras para el cultivo de cítricos y frutas tropicales, así como para la explotación ganadera. La imagen paradisíaca de Cuba construida por los norteamericanos se presenta, según ha explicado Pérez, como una interesante metáfora que ayuda a (de) – construir el gran alcance de este fenómeno social. Las expectativas brindadas por las empresas dedicadas al negocio de compraventa de tierras vírgenes hicieron que este modelo de colonización se convirtiera, por parte de los labradores estadounidenses, en una opción preferente. Si bien el Senador cubano Manuel Sanguily se opuso a este tipo de inmigración, la segunda intervención militar norteamericana a Cuba entre 1906 y 1909 significó un aumento considerable para estas comunidades agrícolas. Las fuerzas de ocupación estadounidenses desembarcaron en la Isla bajo los principios establecidos por la Enmienda Platt. Este simulacro imperialista que, si bien buscaba restablecer el orden político republicano

frente a la imposibilidad de los cubanos de comportarse de manera “civilizada”, también sirvió para una mayor entrada del capital estadounidense.

El 9 de octubre de 1899, el ingeniero J.C Kelly y su ayudante N.O Nevilla, desembarcaron junto a un grupo de empresarios dedicados al negocio de compraventa de tierras baratas por el puerto de Nuevitas en Camagüey. En representación de la Cuban Land and Steanship Company con sede en New York, el ingeniero Kelly estuvo al frente durante meses de la parcelación de un extenso territorio que pasó a llamarse “Valley Cubitas”. En esta amplia franja de la llanura norte de Camagüey discurrendo entre La Sierra de Cubitas, el río Máximo y el mar se trazaron los planos de La Gloria City, la primera colonia de norteamericanos en Cuba. La fundación de esta comunidad agrícola como campo discursivo hace referencia a los planes anexionistas de los Estados Unidos sobre Cuba. Partiendo de los hechos históricos ocurridos en Texas, en 1836, la anexión de Cuba se podía completar estimulando el asentamiento de familias de labradores norteamericanos. Así pues, la unidad familiar pasó a ocupar un lugar preferente en este proceso migratorio, además de representar una estructura homogénea clave en cuanto al mantenimiento de las costumbres identitarias asociadas a este colectivo étnico. Estos grupos migratorios procedentes de distintas zonas de los Estados Unidos y en su mayoría blancos explican el nivel de desarrollo que alcanzaron por toda la Isla: “las colonias de campesinos estadounidenses”. El 30 de diciembre de ese mismo año, en el vapor *Yarmouth* arribaron los primeros doscientos colonos. De esta primera expedición muchos de los pasajeros no bajaron de la embarcación. Solo 160 colonos continuaron con esta aventura a pesar de los engaños cometidos por la Cuban Land al inventar una supuesta ciudad en el trópico. Por encargo de la Cuban Land, el fotógrafo James Adams, llegó desde *Connecticut* hasta el Valle de Cubitas para cubrir este acontecimiento. En *Pioneering in Cuba* (1901), James M. Adams nos ofrece a partir de la propia experiencia de colonos una interesante narración sobre La Gloria City. Este texto de gran valor etnohistórico resulta esencial para entender las prácticas socioculturales que trajeron consigo los inmigrantes estadounidenses hasta el valle de Cubitas en Camagüey, un verdadero espacio ecológico marcado por fronteras culturales y nuevos nichos laborales. Tal vez *Conversación con el último norteamericano* (2012) del escritor camagüeyano, Enrique Cirules, sea el relato más completo que se tenga sobre esta colonia de campesinos norteamericanos. Esta historia de vida que, si bien surgió como un ejercicio puramente literario (Cirules, 2012: 238), terminó convirtiéndose a través del discurso narrado por William Stokes acerca de la inmigración de colonos estadounidenses hacia la llanura norte de Camagüey, en una excelente monografía de carácter etnográfico. Citando al antropólogo James Clifford, Willy también puede ser “una alegoría de la etnografía, del contacto y la comprensión” (Clifford, 1995: 39 - 78). La Gloria City constituyó una de las principales colonias de tipo comunitario fundada por campesinos norteamericanos en Cuba. La expansión de estos enclaves por toda la Isla estuvo asociada, tanto por las garantías ofrecidas por las dos intervenciones militares como por las empresas dedicadas al negocio de bienes raíces. La mayoría de estos colonos que fueron poblando el conjunto del valle de Cubitas, lo hicieron por medio del vapor *Yarmouth*. Este asentamiento norteamericano o “zona de contacto” no se puede entender sin tener en cuenta el viaje de ida y vuelta entre las dos orillas por el *Yarmouth*. La historia de este barco se traduce en una interesante metáfora explicativa sobre la presencia de ese Otro – norteamericano en el fenómeno social y etnohistórico del “ajiao” cubano. Para Paul Gilroy, los barcos son verdaderas sociedades flotantes, existe la noción del barco visto como un “micro – sistema político y cultural” (Gilroy, 1993). En el libro de Enrique Cirules encontramos un claro ejemplo que nos ayuda a comprender mejor este tropo:

Esta primera expedición del *Yarmouth* estaba compuesta por cuatro médicos, un abogado, un editor, algunos burócratas, varios comerciantes, tenedores de libros, maquinistas, mecánicos, albañiles, carpinteros, exmilitares, expresidarios, un clérigo de Georgia: el reverendo A.E. Sedom, el juez Groesbeck, de Washington D. C, el doctor W. P. Pearce, de Hoopeston, Estado de Illinois, campesinos, aventureros y buscadores de fortunas (Cirules, 2012: 249).

Lo más importantes es que, en ese viaje de ida y vuelta que hacía todas las semanas el *Yarmouth* entre La Florida y la costa norte de Camagüey no sólo circularon pasajeros bajo la categoría de colonos, sino también artefactos empleados para labrar la tierra, semillas y técnicas agrícolas para el cultivo de nuevas variedades de naranjas, animales de tracción, información sobre la cotización de los cítricos en la bolsa de New York, abundante correspondencia y prensa escrita en inglés, libros, ideas, prácticas religiosas y tradiciones, así como materiales y planos para construir, en el trópico cubano, viviendas al estilo americano. En términos de Antonio Benítez Rojo (1998), el barco de vapor *Yarmouth* vino a formar parte de esa extensa máquina de bricolajes históricos, ideológicos y culturales, perfectamente ensamblada en el meta – archipiélago caribeño. Otro tema a destacar es la transformación que supuso este grupo social en la ecología de la zona a partir de la introducción de nuevas especies, articulándose en un amplio espacio transnacional las dos orillas, las dos culturas íntimamente compartidas. La vida social en las colonias de agricultores estadounidenses, que si bien era organizada en torno al tipo de actividad económica realizada, también estuvo fuertemente marcada por las relaciones étnicas, alcanzando el núcleo doméstico un lugar especial y de carácter homogéneo debido, principalmente, a los matrimonios intraétnicos. En la historia de vida de William Stokes aparecen dos instituciones sociales de gran interés para entender en este estudio etnohistórico las prácticas y discursos diaspóricos producidos por estos colonos. Con ello, me refiero a la introducción por parte del grupo étnico norteamericano de los servicios religiosos ligados al protestantismo. En el nuevo espacio ecológico articulado por esta comunidad de campesinos, las prácticas religiosas que sirvieron, a su vez, como fuente de cohesión social estuvieron a cargo de una iglesia de denominación metodista y otra episcopal, además de dos logias que agrupaban a las distintas familias de la colonia. La importancia de la religiosidad también marcaría la escuela del poblado, en tanto que el nombramiento del maestro se discutía entre episcopales y metodistas. El tema de las fiestas también puede ser un buen punto de partida para abordar la experiencia socio – histórica de la inmigración estadounidense en Cuba. Partiendo del propio testimonio ofrecido por Willy, todos los años en torno a la feria de agricultores del valle de Cubitas tenían lugar una serie de eventos comunitarios de gran valor en cuanto a significados culturales. Estas fiestas marcadas por los bailes, los cantos interpretados por la banda musical de la colonia, las prácticas deportivas con especial atención al juego de *baseball* y las carreras de caballos, la alimentación a partir de las distintas variantes gastronómicas compartidas por los colonos constituyeron, sin lugar a dudas, verdaderas “zonas de contacto” con otras comunidades cercanas, tales como las de Ceballos, Bartle y Omaja. Si bien a través de esas representaciones identitarias cargadas de significados simbólicos, el grupo étnico norteamericano pudo mostrar sus expresiones culturales más inmediatas, también resulta necesario destacar la existencia de algunos campos que hicieron de estas comunidades verdaderas fronteras culturales mediadas, entre otras cosas, por relaciones sociales de poder de tipo (bio) político⁹.

⁹ William Stokes realiza una excelente genealogía sobre “la pelea entre el jefe zulú y el hombre blanco”, uno de los eventos que formaba parte de las fiestas anuales en La Gloria City. Sin lugar a dudas, este evento escondía

Por otra parte, el perfil ocupacional de la inmigración estadounidense mostrado por los censos de la República también estuvo sujeto a profundas diferencias socioeconómicas, debido a la división social del trabajo. La mayor parte de esta inmigración se agrupaba en actividades laborales, tales como: campesinos, hacendados de tipo plantacionista, comerciantes, abogados, militares, ingenieros químicos e industriales, además de técnicos azucareros. La arquitectura y la organización social del espacio es otro de los grandes referentes sobre la adaptación sociocultural de los norteamericanos en Cuba en la primera mitad del siglo XX. La metáfora propuesta por el antropólogo, James Clifford sobre “la construcción de los hogares alejados de la propia tierra natal” (2008:299), puede ser de gran ayuda a partir de su riqueza teórica y metodológica para entender la influencia de la diáspora norteamericana en el fenómeno social de la transculturación cubana. En la profusa producción historiográfica realizada por José Vega Suñol (1991, 1995, 2004) sobre los distintos aportes de la cultura estadounidense en Cuba, el espacio ecológico y, por ende, “el repertorio habitacional” siempre estuvo perfectamente organizado dependiendo del tipo de actividad económica desarrollada por el enclave en cuestión. Como señala el propio Vega Suñol a partir del relato de William Stokes:

La colonización de campesinos norteamericanos en la Isla estaba lejos de ser caótica. Detrás de cada una de las principales colonias agrícolas había un plan concebido para la compra y distribución ordenada de los terrenos por parte de los propios norteamericanos accionistas y especuladores de tierras adquiridas a los efectos de organizar dichas colonias. Existen planos de urbanización de La Gloria, Omaja, Ceballos y en otras comunidades agrícolas de estadounidenses en Cuba. Al llegar a la comunidad, el colono se ubicaba en el espacio que le correspondía y asumía el levantamiento de su vivienda según sus gustos y posibilidades (2004; 1987).

En 1914, la colonia de La Gloria City experimentó, a partir de la reducción de los aranceles aduaneros a los cítricos exportados desde Cuba hacia los Estados Unidos, un crecimiento económico considerable. Para entonces, en el conjunto del Valle de Cubitas se encontraban residiendo tres mil norteamericanos, además de alemanes, ingleses, daneses, suecos y polacos ubicados en los poblados próximos de Garden City y Palm City. La vida comunitaria de los colonos que transcurría en inglés, pues este colectivo étnico nunca se vio forzado a aprender el español, sirvió para que la inmigración norteamericana pudiera adaptar sus prácticas socioculturales a los campos cubanos. En este contexto, el paisaje ecológico – diaspórico de la llanura norte de Camagüey se vio marcado por nuevos relatos y aportes agrícolas que hoy en día perduran entre los campesinos cubanos. La experiencia histórica de este modelo de colonización anglosajón, es decir, a través de las colonias de agricultores fue el resultado de una política exterior basada en la injerencia de los Estados Unidos hacia Cuba. En ese sentido, puede que la anexión de Cuba desentrañara un alto coste en términos políticos, pues “esa republiquita infernal”, en palabras del presidente Teddy Roosevelt, se mostraba incapaz de gobernarse de “manera civilizada”. Si bien Cuba y los Estados Unidos nunca han tenido relaciones políticas normales, la enorme proximidad compartida entre ambas sociedades se tradujo en acicate para que el capital económico y cultural norteamericano penetrara en Cuba con cierta facilidad. Con ello, La Gloria City puede ser vista como una extensa red transnacional o “zona de contacto” representada por la circulación de colonos estadounidenses, artefactos, productos agrícolas e información.

relaciones sociales de poder de carácter racista muy propias del discurso civilizatorio del “Destino manifiesto”. Para una mayor lectura al respecto, véase el de Cirules, Enrique, (2012), *Conversación con el último norteamericano*, La Habana, Editorial José Martí, pp. 61 – 72.

Tal fue el volumen de cítricos parafinados que se empezó a embarcar desde el Valle de Cubitas hasta los principales mercados de los Estados Unidos, que los agricultores de California y La Florida elevaron sus protestas ante la Cámara de Comercio para una mayor protección arancelaria. Asimismo, apelando a la plaga de la mosca prieta se promulgó una ley que bloqueaba la entrada de las naranjas cultivadas por los campesinos norteamericanos de Cuba a los Estados Unidos (Cirules, 2012, Deere, 2000, Vega Suñol, 2004). Lo cierto es que La Gloria City, así como otras colonias de campesinos estadounidenses articuladas en la región oriental se vieron fuertemente afectadas por el proteccionismo aplicado al mercado local de cítricos. En 1917, con la entrada de los Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial muchos de los colonos jóvenes de estos asentamientos fueron reclutados para la gran contienda bélica en Europa, razón por la cual un gran número de familias estadounidenses regresaron a su país. El llamamiento bajo la orden del servicio militar obligatorio tuvo un impacto significativo en la estructura poblacional del grupo étnico norteamericano, puesto que fueron los colonos más jóvenes los que se vieron afectados por esta medida. La crisis política cubana que aconteció durante La Chambelona terminó en fuertes enfrentamientos entre liberales y colonos norteamericanos. El saqueo sistemático a las propiedades de campesinos estadounidenses es otra de las causas que ayudan a explicar el pronto declive, así como el despoblamiento masivo de estas comunidades diaspóricas en las provincias de Camagüey y Oriente. Mientras la política exterior del Buen Vecino, puesta en práctica por el presidente Franklin D. Roosevelt, debilitó considerablemente el modelo de colonización mediante la inmigración de los pioneros anglosajones con fines anexionistas, los intereses del capital norteamericano agrupados por los ricos propietarios de tierras y plantaciones de cítricos, además de los inversores dedicados a la agroindustria azucarera encontraron las mejores oportunidades económicas en la Isla. De hecho, en la colonia se llegó a construir un pequeño central azucarero de maquinaria moderna dedicado a la producción de mieles para la exportación hacia Estados Unidos. Pero esta empresa acabó hundiéndose como consecuencia de la expansión, en el término municipal de Nuevitas, de un sistema de plantación cañero desarrollado al calor de los modernos centrales azucareros “El Senado” y “El Lugareño”. El abandono institucional por parte de Washington, sumado a los desastres ocasionados por el ciclón de 1932 y la demora de incorporar a La Gloria City en la línea del ferrocarril norte, acabó frustrando las expectativas de los colonos norteamericanos.

El sistema de plantación azucarera en la llanura norte de Camagüey. A propósito de la organización del espacio social en torno al batey del Central El Lugareño.

En 1891, se construyó sobre los terrenos del fundo Camaján perteneciente al término municipal de Nuevitas, el central azucarero “El Lugareño”. En una compleja ampliación del sistema socioeconómico de tipo plantacionista en la provincia de Camagüey, y a partir de la demolición de los antiguos ingenios, se edifica esta moderna ciudad – agroindustrial como la segunda en su importancia para la región. Partiendo de su ubicación en la llanura norte de Camagüey y su proximidad con la Bahía de La Gloria no es de extrañar entonces que, Willy Stoke se refiriera en su relato, a la construcción de estos dos colosos azucareros como uno de los principales factores que llevaron al declive de La Gloria City. Los primeros propietarios del central fueron los ricos hacendados cubanos Melchor Bernal y Varona y Bernabé Sánchez Arango, en tanto que en 1893 se realizó la primera zafra. No obstante, en 1916, el central El Lugareño fue comprado por la Cuban Cane Corporation, una sociedad financiera creada en New York un año antes. A sazón del capital emitido por la Casa Morgan, el nuevo grupo empresarial

Czarnikow – Rionda Company se formó principalmente entre Czarnikow, un prominente corredor azucarero con sede en Londres y el barón del azúcar Manuel Rionda de origen español.

Las principales inversiones de capital dirigidas por este grupo empresarial hacia el central Lugareño estuvieron orientadas, básicamente, a la introducción de una moderna tecnología que resultó ser puntera en la refinación química del azúcar. El *boom* azucarero experimentado en Cuba en las primeras décadas del siglo XX vino acompañado por la entrada de técnicos estadounidenses altamente cualificados. De hecho, esta inmigración de tipo laboral se caracterizó por el establecimiento de importantes comunidades azucareras en las provincias de Camagüey y Oriente, es decir, fronteras culturales yuxtapuestas en torno al batey del central. Al igual que en los asentamientos de agricultores, la presencia de ingenieros, técnicos y personal administrativo se tradujo en acicate para la reproducción, a través de “los enclaves azucareros” (Vega Suñol, 1996), de todo un repertorio simbólico propio del imaginario social norteamericano. Como han explicado los antropólogos José Alberto Galván Tudela y Guillermo Sierra Torres (2004), debido a la alta producción azucarera, el conjunto del batey Lugareño junto a las colonias cañeras más próximas, experimentaron un arribo significativo de trabajadores inmigrantes. En *Contrapunteo cubano del azúcar y el tabaco* (1983), otro de los textos clásicos del etnógrafo Fernando Ortiz, el tema del “central” es analizado no sólo como una máquina fabril perfectamente ensamblada en el bricolaje de la plantación (Benítez Rojo, 1998) como explotación latifundista, sino más bien es presentado como un “sistema social complejo”.

El central moderno no es una simple explotación agraria, ni siquiera una planta fabril con la producción de sus materias primas al lado; hoy es todo “un sistema de tierras, máquinas, transporte, técnicos, obreros, dineros y población para producir azúcar”; es todo un organismo social, tan “vivo y complejo como una ciudad o municipio, o un castillo baronial con su comarca enfeudada de vasallos, solariegos y pecheros (Ortiz, 1983: 44).

En el artículo “Haciendas y Plantaciones en Mesoamérica y Las Antillas (1975), los antropólogos, Wolf y Mintz, proponen la noción de “sistema social” para explicar la relación en El Caribe entre plantación y su industria más inmediata, es decir: el central azucarero. Para estos autores, con la plantación como forma de organización socioeconómica asistimos a la institucionalización de nuevos saberes científicos, así como a una división internacional del trabajo marcada, en parte, por relaciones sociales de tipo (bio)político. Tomando como punto de partida la aproximación teórica ofrecida por Wolf y Mintz, podemos encontrar, para el caso de la Cuban Cane y el Central El Lugareño, la misma experiencia histórica.

La plantación necesita también de un cuerpo de personal capacitado para la ejecución de funciones administrativas y técnicas. Este personal raramente puede hallarse dentro de la zona de la plantación y por lo general hay que importarlo o adiestrarlo para que llene los requisitos necesarios (Wolf y Mintz, 1975: 522).

Suele suceder que semejante grupo se identifique firmemente con el país dominante y tienda a reforzar esta identificación por la cohesión y conciencia de grupo. Estos aspectos culturales del papel de la administración no son necesariamente atributos del tipo plantación sino más bien rasgos probables de las plantaciones, que toman sus técnicos y peritos de la madre patria. Tanto los técnicos como los obreros tienden a formar sus grupos propios diferentes y con frecuencia antagónicos, ya sea de sentimientos nacionalistas o racistas. Por eso suelen hallarse técnicos que

presumen de una ascendencia racial distinta, de una capacidad intelectual superior y de ser miembros de una nación políticamente dominante, y los trabajadores refuerzan su solidaridad mediante el empleo de símbolos diversos (Wolf y Mintz, 1975: 524).

La organización del espacio social en torno al batey del central El Lugareño estuvo mediada por un armazón conceptual de representaciones colectivas, en tanto que la diferenciación étnica en el interior de estas colonias azucareras se explica a partir de la competencia entre distintos grupos (norteamericanos, cubanos, canarios, haitianos, jamaicanos, etc.) por los recursos económicos. Si asumimos a los bateyes como un conjunto arquitectónico de viviendas e instalaciones estructuradas en el contexto del central, podemos afirmar también que las comunidades azucareras fundadas por las compañías norteamericanas constituyeron verdaderos nichos socioculturales. La introducción del *bungalow* como modelo de construcción para las viviendas del personal técnico – administrativo simbolizó, sin lugar a dudas, uno de los aportes más significativos de la arquitectura norteamericana en Cuba (Coya, 2001; Cruz Hernández, 2013; Vega Suñol, 2004). Así pues, el conjunto arquitectónico del batey El Lugareño pasó a formar parte de una tipología de “ciudad – azucarera”. Si bien la historiografía social cubana ha centrado su mayor atención en destacar la huella de la cultura norteamericana en la edificación de modernos bateyes azucareros, el tema en cuestión requiere de un enfoque distinto, tal vez de una aproximación teórica y metodológica que pueda examinar no sólo el referente de tipo arquitectónico, sino también atender a los diferentes procesos sociales que surgieron en el interior de estos asentamientos humanos. Esta genealogía plantea una revisión crítica sobre la importancia de los bateyes azucareros en el fenómeno social de “la transculturación”. En tal sentido, el batey del central El Lugareño expresa un espacio social predeterminado, un lugar de fronteras culturales contenido por nuevas narrativas y discursos. La disposición espacial en el trazado de las viviendas que conformaron el núcleo urbano del batey El Lugareño se vio afectada por la diferenciación étnica. Por lo tanto, estos campos discursivos que desde la administración norteamericana de la Cuban Cane se fueron articulando sobre la Otredad explican, en gran medida, la estructura organizativa del batey azucarero en términos socioeconómicos, étnicos, culturales, tecnológicos y raciales. En palabras de José Alberto Galván Tudela y Guillermo Sierra Torres:

La vida socioeconómica y cultural en El Lugareño estaba organizada en torno al batey del central; la industria era la pieza más importante, se destacaba por su enorme edificio con dos y altas chimeneas que se elevaban sobre la llanura circundante. También había otros edificios adosados para almacenar azúcar, talleres de reparación y otras operaciones complementarias; a sus alrededores se encontraba el espacio urbano con sus diferentes tipos de viviendas, que iba desde las casas de la administración y su personal hasta los albergues y barracones para empleados y obreros (Galván Tudela y Sierra Torres, 2004: 97).

Para una clasificación sobre la diferenciación explicada en términos de etnicidad, los autores arguyen en este mismo sentido:

La organización del espacio social del batey del Central Lugareño manifiesta las diferencias sociales y étnicas, caracterizadas por un conjunto específico de relaciones sociales, simbólicas y materiales, que definen la estructura social, y que también pueden ser identificadas por la forma de distribución del espacio urbano y rural. En este caso, el batey tenía funciones de una pequeña ciudad azucarera, “abierto al comercio y el trabajo”, albergando a más de mil pobladores...De forma general, el pueblo tenía un trazado en cuadrícula, integrado por unas 450 casas,

generalmente de madera de pino y techo de zinc, un menor número de mampostería y casi todas propiedades de la compañía (Galván Tudela y Sierra Torres, 2004: 98).

Consideraciones finales.

En 1996, la Revista cubana Temas publicó una interesante monografía sobre los vínculos culturales entre Cuba y los Estados Unidos, así como la cercanía/lejanía que históricamente ha condicionado las relaciones entre los dos países. En “¿Otros colonizadores? Enclaves norteamericanos en Cuba”, el historiador José Vega Suñol (1996:45 – 54), introduce la noción sistémica de “enclaves económicos” para referirse a la presencia norteamericana en la Isla como fenómeno migratorio. Por medio de esta problematización, el autor traza un mapa conceptual que le permite agrupar, bajo la categoría de organización socioeconómica, a “comunidades azucareras, mineras o agrícolas” de capital estadounidense. Desde esta perspectiva, los asentamientos de estadounidenses en Cuba asumieron un alto nivel de cohesión social, tanto por relaciones económicas como étnicas. Lo cierto es que estos “enclaves económicos” actuaron como “zona de contacto” (Pratt, 2010) contribuyendo, por tanto, a la reproducción del sistema cultural importado. Si bien el poblamiento norteamericano en Cuba no tuvo un impacto de tipo étnico, sí podemos presenciar sobre la enorme participación del referente cultural estadounidense en el “ajiaco cubano”. El comportamiento demográfico seguido por este grupo social, según la información censal disponible y los documentos históricos, no se expresó en términos de descendencia, sino a partir de fuertes lazos endogámicos.

En la segunda mitad de la década de los 80, tiene lugar una renovación en el pensamiento marxista cubano. La historiografía local cubana fue parte de este nuevo enfoque, una concepción, que sin perder de vista la idea del etnos cubano propuesta por el etnógrafo ruso Yuri Bromley, enriqueció considerablemente el quehacer de las ciencias sociales en Cuba. El antropólogo cubano, Jesús Guanche, a partir de la coordinación del “Atlas Etnográfico de Cuba, empieza a estudiar los distintos aportes étnicos ensamblados en la formación histórica de la nación cubana. Si bien el etnos cubano sobresalía sobre la presencia de otras culturales cocinadas en la olla podrida de la cubanidad (Ortiz, 1949), también cabe destacar la aparición de nuevas reflexiones en torno a la teoría de los aportes etnoculturales. Con ello, surgieron genealogías históricas sobre la huella cultural de chinos, isleños canarios, macheteros haitianos, jamaicanos, isleños caribeños, españoles peninsulares, pero siempre intentado preservar la desmembración nacional. En este escenario marcado por la crisis económica de 1994, así como por los conflictos étnicos que terminaron reconfigurando a la Europa postcomunista, llega a Cuba el antropólogo social y etnógrafo canario, José Alberto Galván Tudela, pregunta desde “una mirada antropológica” por los canarios isleños, y reclama el carácter multiétnico de la sociedad cubana.

El planteamiento de José Alberto Galván Tudela (1997) es atrevido, porque en lugar de cuantificar, de medir en términos estadísticos a la inmigración canaria hacia la Mayor de Las Antillas, su etnografía es, ante todo, un relato cualitativo, una teorización sobre las voces y el contrapunteo de todo un armazón cultural canario adaptado y, por tanto, transculturado con lo cubano. En un espacio social donde la relación entre la diáspora y el estado-nación cubano se tornaba tensa, es de esperar entonces que el surgimiento de los hermanamientos, a partir del reconocimiento de los ciudadanos españoles, se tradujo en acicate económico. El texto de José Vega Suñol para la Revista Temas también presenta un trasfondo de carácter teórico, puesto que reclama, desde el ámbito de las ciencias sociales en Cuba, la falta de sistematicidad de

investigaciones “sobre la huella norteamericana en la cultura cubana”. Para el autor, tal vacío debía ser interpretado como una limitación teórica – metodológica de la historiografía cubana, en tanto que los pocos trabajos sobre el referente cultural norteamericano en Cuba han presentado, más bien, una estructura de tipo literario – periodístico¹⁰. Pero al reclamo del historiador Vega Suñol, le sucedieron dos interesantes trabajos que contaron, como en el primigenio número 8 de la Revista Temas de 1996, con la colaboración de académicos cubanos, así como norteamericanos. Por tanto, este mini catálogo hace referencia a los libros coordinados por el politólogo Rafael Hernández, desde el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, *Mirar al Niágara. Huellas culturales entre Cuba y los Estados Unidos* (2000) y *Culturas encontradas: Cuba y los Estados Unidos* (2001). Este último libro contó con el apoyo institucional del Centro de Estudios Latinoamericanos David Rockefeller. Desde un enfoque regional, los trabajos más recientes de los historiadores cubanos, José Guillermo Montero Quesada (2011) y Diana María Cruz Hernández (2013), han abordado el fenómeno de la inmigración norteamericana y sus manifestaciones culturales en la región oriental de Cuba.

La inmigración de colonos norteamericanos a Cuba en las primeras décadas del siglo XX se caracterizó por un marcado carácter familiar. En este sentido, la unidad doméstica se convirtió en un modelo de estrategia identitaria, un espacio social bastante homogéneo a partir de la endogamia étnica. Los asentamientos de colonos agrícolas procedentes de distintas zonas de los Estados Unidos estuvieron fuertemente motivados, desde sus respectivas fundaciones, por las expectativas económicas generadas por las empresas de bienes raíces. La venta a bajos precios de lotes de tierra por la Cuban Land y la fundación de La Gloria City explican, de modo general, la colonización del Valle de Cubitas por miles de inmigrantes norteamericanos en su mayoría blancos. Asimismo, las compañías norteamericanas dedicadas a la industria azucarera optaron por la contratación de un personal técnico altamente especializado, dando lugar a la aparición de importantes bateyes azucareros en las provincias de Camagüey y Oriente. Estos enclaves desplegaron la diferenciación a través de un conjunto de tradiciones, así como de prácticas socioculturales y etnolingüística. La diáspora norteamericana en la llanura norte de Camagüey mantenía el idioma inglés en la base de sus relaciones étnicas como grupo sociocultural, adquiriendo sentido la construcción fenomenológica de símbolos propios de la identidad. La historia de vida de William Stokes ofrecida por el escritor Enrique Cirules en su libro, *Conversación con el último norteamericano* (2012), es un recorrido por la intrahistoria de La Gloria City. Esta experiencia histórica da cuenta sobre la diáspora de campesinos blancos norteamericanos como fenómeno social de ida y vuelta, como un circuito cultural que sin americanizar del todo a Cuba, adaptaron en la ecología insular cubana un repertorio de campos discursivos, además de instituciones sociales. Las propias contradicciones de la política de los Estados Unidos hacia Cuba terminaron acabando con las colonias agrícolas. En el presente texto hemos presentado al batey del central El Lugareño no sólo como un complejo sistema social, sino también como un nexo entre la plantación y la agroindustria azucarera.

¹⁰ Con ello, me refiero a tres trabajos, que si bien contienen una amplia documentación e importantes historias de vida, su lectura de los mismos tiene que hacerse en clave literaria. Cirules, Enrique, (2012), *Conversación con el último norteamericano*, La Habana, Editorial José Martí; Sarusky, Jaime, (2010), *Los fantasmas de Omaja*, Ciudad de La Habana, Ediciones Unión. Betancourt, Jorge Luis, (1985), *Ceballos, historia de una colonia norteamericana*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente.

El batey El Lugareño estuvo mediado por relaciones sociales de poder, así como entre los distintos grupos étnicos que competían entre sí por los recursos económicos. La organización de este espacio social no se puede explicar sin tener en cuenta, tanto la división internacional del trabajo como la delimitación de campos arquitectónicos/simbólicos. La vida social en los barracones era completamente diferente al tipo de vivienda construida para los directivos y técnicos norteamericanos. La casona del administrador presentaba las características generales de los grandes palacetes plantacionistas, en tanto que su posición privilegiada operaba como una especie de Panóptico caribeño. Los bateyes norteamericanos no sólo constituyeron verdaderos sistemas sociales próximos a una plantación azucarera, sino que también presentaron una estructura demográfica traspasada por la economía del sistema – mundo. Los norteamericanos en Cuba mantuvieron una conciencia de identidad propia que les sirvió para definirse a sí mismos a partir de la endogamia étnica y, a su vez, diferenciarse de los demás grupos sociales/primitivos. Si bien la inmigración de estadounidenses a Cuba no puede expresada en términos de descendencia, debido a la misión civilizatoria de este grupo étnico, el discurso pronunciado por Obama en su visita oficial a La Habana debe ser interpretado como un simulacro de “nostalgia imperialista”. En este sentido, las palabras del presidente norteamericano, Barack Obama, en lugar de hablar del diferendo político, hunde sus raíces en “los lazos de singular intimidad” (Pérez Jr, 2003:279) compartidos entre las dos naciones. Pero, ¿acaso la genealogía trazada por Obama desde Cuba no evoca a un pasado nostálgico, a una historia interminable de encuentros/desencuentros culturales? Lo cierto es que aún quedan muchos relatos por contar, muchos archivos por desplegar. Los bateyes azucareros articulados por las compañías norteamericanas y los asentamientos de colonos agrícolas ofrecen, en efecto, abundante material etnohistórico. En cualquier caso, los fantasmas de colonos que yacen enterrados en los cementerios de estos enclaves humanos siguen manifestándose, en la historia social de Cuba como espectros culturales.

Bibliografía

Abbot, Abiel, (1829), *Letters written in the interior of Cuba*, Boston, The William L. Bryant Foundation West Indies Center. Disponible en <http://bibliotecadigitalcubana.blogspot.com/>. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

Adams, James Meade, (1901), *Pioneering in Cuba. A narrative of the settlement of La Gloria, The first American Colony in Cuba, and the early experiences of the pioneers*, Harvard College Library.

Anderson, Benedict, (2007), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, D.F, Fondo de la Cultura Económica.

(2008), *Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial*, Madrid, Ediciones Akal.

Alzugaray Treto, Carlos, (2000), *Crónica de un fracaso imperial: la política de Eisenhower contra Cuba y el derrocamiento de la dictadura de Batista*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.

Benítez Rojo, Antonio, (1998), *La isla que se repite: El Caribe y la perspectiva posmoderna*, Barcelona, Editorial Casiopea.

Betancourt, Jorge Luis, (1985), *Ceballos, historia de una colonia norteamericana*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente.

Cirules, Enrique, (2012), *Conversación con el último norteamericano*, La Habana, Editorial José Martí.

Clifforf, James, (2001), *Dilemas de la Cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Barcelona, Gedisa.

(2008), *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa.

Coyula, Mario, (2001), “Influencias cruzadas Cuba/Estados Unidos en medio construido: Carril dos, o autopista en dos sentidos”, en Hernández, Rafael y Coatsworth, John H, (coords.), *Culturas encontradas: Cuba y los Estados Unidos*, La Habana, Harvard, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana, Juan Marinello y Centro de Estudios Latinoamericanos David Rockefeller, pp. 118 – 123.

Conrad, Joseph, (2008), *Nostramo. Relato del litoral*, Madrid, Alianza Editorial.

Cruz Hernández, Diana María, (2013), “La vivienda de madera en el Oriente de Cuba, 1900 – 1930, Anales del Museo de América, pp. 194 – 211. Disponible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4831376>. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

Domínguez, Jorge I., (2009), “No acaba de irse: Cuba, en la agenda de la política exterior de los Estados Unidos”, pp. 415 – 433, en *La política exterior de Cuba (1962 – 2009)*, Madrid, Editorial Colibrí.

Deere, Carmen Diana, (2000), “Ahí vienen los yanuis”. El auge y la declinación de las colonias norteamericanas en Cuba (1898 – 1930), en Hernández, Rafael, (ed.), *Mirar al Niágara: Huellas culturales entre Cuba y los Estados Unidos*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura, Juan Marinello, pp. 129 – 190.

Foucault, Michael, (2005), *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, México D.F, Buenos Aires, Madrid, Editorial Siglo XXI.

Franck, H. A, (1920), “Sketches of Cuba: West to East”, *Century*, abril, pp. 766 – 775.

Galván Tudela, José. A, (1997), “Introducción: Escuchando palabras, evocando recuerdos”, en Galván Tudela, José A (ed.), *Canarios en Cuna. Una mirada desde la Antropología*, Santa Cruz de Tenerife, Organismo Autónomo de Museos y Centros del Cabildo, Consejería de la Presidencia y Relaciones Institucionales del Gobierno de Canarias y Área de Desarrollo Económico, Industria, Transporte y Comercio del Cabildo de Tenerife, pp. 15 – 20.

(1998), “El Ajiaco, una metáfora culinaria sobre la cubanía (a propósito de la inmigración canaria 1880 – 1930), Las Palmas de Gran Canaria, III Coloquio de Historia Canario – Americana, pp. 2621 – 2639. Disponible en

<http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/CHCA/article/viewFile/8309/7412>. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

(2004), *Sol de invierno: homenaje de Arona al turismo sueco*, Tenerife, Llanoazur.

Galván Tudela, José A y Sierra Torres, Guillermo, (2004), *La migración de Arona a Cuba. Una visión transnacional (1895 – 1930)*, Tenerife, Llanoazur.

Gilroy, Paul, (1993), *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*, London y New York, Verso.

Guerra, Ramiro, (1970), *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales.

Hernández, Rafael, (2000), *Mirar al Niágara: Huellas culturales entre Cuba y los Estados Unidos*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura.

Hernández, Rafael y Coatsworth, John H, (eds.), (2005), *Culturas encontradas: Cuba y los Estados Unidos*, La Habana, Harvard, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana, Juan Marinello y Centro de Estudios Latinoamericanos, David Rockefeller.

Hernández, Rafael, (2011), “Amor/odio” entre Cuba y los Estados Unidos. Construcciones culturales y relaciones bilaterales en siglo XX”, en Alonso, José Antonio; Bayo, Francesc y Gratiús, Susanne (coords.), *Cuba en tiempos de cambios*, Madrid, Editorial Complutense, pp. 99 – 119.

Moreno Fragnals, Manuel, (2001), *El ingenio: el complejo económico social cubano del azúcar*, Barcelona, Editorial Crítica.

Montero Quesada, Guillermo, (2011), *La colonización anglosajona en la franja central de Las Tunas 1902 – 1935*, Santiago de Cuba, Tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Históricas, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Universidad de Oriente.

Ortiz, Fernando, (1949), “Los factores humanos de la cubanidad”, en Revista Bimestre Cubana, La Habana, no.3, marzo – abril, vol. XIV, pp. 161 – 186. Disponible en http://www.perfiles.cult.cu/articulos/factores_cubanidad.pdf. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

(1983), *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Pérez Jr, Louis, (1996), “Tan cerca, tan lejos. Cuba y los Estados Unidos (1860 – 1969)”, Revista Temas, no. 8, octubre – diciembre, pp. 4 – 9.

(1999), *On becoming Cuban: Identity, Nationality and Culture*, North Caroline, The University of North Caroline Press.

(2003), *Cuba and United States: Ties of Singulars Intimacy*, Atlanta, Georgia, The University of George Press.

(2008), *Cuba in the American Imagination: metaphor and the Imperial Ethos*, The University of North Caroline Press, North Caroline.

Pino Santos, Oscar, (1973), *La oligarquía yanqui en Cuba*, Casa de La Américas, La Habana.
Pratt, Mary Louise, (2010), *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*, México D.F, Fondo de Cultura Económica.

Rosario Molina, Juan Carlos, (2007), *La alimentación: el dominio invisible de las mujeres canarias en Cuba*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea.

Said, E. W, (1996), *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama.

Smith, Peter, (2007), *Estados Unidos y América Latina: Hegemonía y Resistencia*, Madrid, Plaza y Valdés.

Sarusky, Jaime, (2010), *Los fantasmas de Omaja*, Ciudad de La Habana, Ediciones Unión.

Tzvetan, Todorov, (1987), *La conquista de México. El problema del otro*, México D.F, Buenos Aires, Madrid, Editorial Siglo XXI.

VV. AA, (2007), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo Global*, en Castro – Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (eds.), Bogotá, D.C, Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Sociales y Culturales, Pensar.

Vega Suñol, José, (1991), *Presencia norteamericana en el área nororiental de Cuba: etnicidad y cultura*, Holguín, Ediciones Holguín.

(1995), *La arquitectura de perfil norteamericano en la región de Holguín*, Holguín, Ediciones Publicigraf.

(1996), “¿Otros colonizadores? Enclaves norteamericanos en Cuba”, Revista Temas, no. 8, octubre – diciembre, pp. 45 – 54. http://temas.cult.cu/articulo_academico/otros-colonizadores-enclaves-norteamericanos-en-cuba/. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

(2004), *Norteamericanos en Cuba: estudio etnohistórico*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz.

(2010), “Norteamericanos en Holguín: un estudio desde los documentos históricos”, Revista Temas, no. 62 – 63, abril – septiembre, pp. 169 – 179. Disponible en http://temas.cult.cu/revista_numero/cuba-estados-unidos-tan-lejos-tan-cerca/. Consultado el 30 de diciembre de 2016.

Wallerstein, Immanuel, (2005), *Análisis de sistemas – mundos. Una introducción*, México, D.F, Buenos Aires, Madrid, Siglo XXI.

Wolf, Eric R y Mintz, Sidney W, (1975), “Haciendas y Plantación en Mesoamérica y las Antillas, en Florescano, Enrique, (coord.), *Haciendas, Latifundios y Plantaciones en América Latina*, México D.F, Buenos Aires, Madrid, Editorial Siglo XXI, pp. 493 – 531.